

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
A medias

Autor/es:
Montiel, Alejandro

Citar como:
Montiel, A. (2002). A medias. La madriguera. (49):76-76.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42085>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



A MEDIAS

CRÍTICA

Lejos / Loin

André Téchiné

Francia / España, 2001

Lejos es una película que se queda a medias; es larga, pero se queda a medias. Se queda a medias de una exploración sobre gentes de Tánger; y deja al espectador un poco a medias. Describe (a medias) a tres personajes: Serge (Stéphane Rideau), Sarah (Lubna Azabal) y Said (Mohamed Hamidi); nos cuenta su historia a medias (¿qué será de ellos?). Y más que quedarnos con la miel en la boca, o boquiabiertos, nos quedamos, no con mal sabor de boca, ni con bueno. Como se diría en *catà*, nos quedamos *bocabadats*; el film nos abandona dejándonos un poco, sí, con la boca abierta, pero no asombrados, sino con cara de tontos.

Téchiné nos conduce durante dos horas por una ciudad y un mundo que conoce tan poco como nosotros, pero no con la ignorancia de un ave grácil y aérea que sobrevolaría francesamente la *realidad* con poética miopía, sino con la *verdad* de un toscano camionero soñoliento: no nos instruye gran cosa sobre el susodicho mundo, es cierto. Sin embargo: he ahí su virtud, he ahí la honestidad de su mirada: lo que nos admira y al mismo tiempo nos decepciona de esta película. Y aunque uno pueda acabar pensando –para sus adentros– que esto es llevar el *no saber* demasiado *lejos*, reconoce su *rosselliniana* originalidad, su audacia.

Lejos es, a mi juicio, un film divagatorio. Empero, apunta temas de la mayor importancia. Los relata levemente: el desenraizamiento, el miedo arrogante, la indefensión de los sin dinero, los hábitos torpes del buen y rozagante amor, la esperanza del exilio, las tentaciones depositadas en el delito ventajoso, y así sucesivamente. Ahora bien, esto acaece en África, a la vuelta de la esquina, entre gentes pobres y –a simple vista– indiferenciables de un sevillano, un oscense o un borgoñés. Son gente corriente –dice Téchiné– con problemas corrientes, concretos, contemporáneos, pero que acaecen precisamente así en un lugar y un

tiempo precisos. ¿Lejos?

No sé. El film se queda a medias en la respuesta. O acaso sea que yo he entendido la respuesta a medias.

Hay dos síntomas inequívocos –entre otros– de las formas narrativas modernas cuando éstas procuran soslayar la denostada modalidad del sermón: los *signos huecos* –aquellos que no se concatenan indefectiblemente como eslabones de la férrea lógica del relato– y un *tono* deliberado que rehúye plenamente el énfasis –y así simula imparcialidad, cuando no elegante indiferencia–. De *Lejos* puede decirse que ostenta ambos emblemas.

Respecto a esto último, destaco una foto publicitaria –un fotograma del film– que aparece siempre, inexplicablemente, en la propaganda de *Lejos* o ilustrando las críticas en los papeles. En ella, un tipo armado –con una suerte de metralleta o “cetme”, no tengo ni idea de estas cosas– se entrevista con Serge. Es el tal un miembro de una oscura trama mafiosa –muy violenta, evidentemente– pero de la que sólo conocemos ese detalle: va armado y no está para hostias. Agradezco infinitamente a Téchiné que no haya convertido su film en una peripécia al uso de broncos matones enfrascados en truculentos asaltos, porque eso –que indudablemente constituye el trasfondo de esta *realidad*, y la nuestra– sólo se insinúa y no se espectaculariza, como haría Hollywood, o nuestros serviles directores españoles de la hora.

En cuanto a lo de los *signos huecos*, o no tan huecos, hay una imagen que me impre-



sionó profundamente de esta película por culpa de haber leído un sabio artículo, hace tiempo, de Francisco Javier de la Plaza. Sotaría este analista –tomando ejemplos de Orson Welles y Carol Reed, pero remon-tándose a una inveterada iconología– que la imagen de la sombra detenida preanuncia la muerte. Así ocurre también –a medias– en *Lejos*. Serge y Sarah se besan por última vez (por última vez en el *discurrir* del film; pero ¿también en la *historia* que narra el film?), e, inopinadamente, artificiosamente, misteriosamente, contra todo pronóstico, la siempre *testimonial* cámara de Téchiné abandona los cuerpos y encuadra las sombras. (Aclaro que hay pocas *veledades estilísticas* más en este film, por no decir ninguna otra.)

¿Morirán, pues, en lo poco que queda de película Serge o/y Sarah? No, no mueren. Sólo sé decir que Sarah, en la más emocionante escena del film –melodrama sin énfasis–, confiesa a una amiga en la playa que en aquel momento comprendió que su amor –su fogoso, furtivo, primerizo amor– había muerto para siempre.

Pero quizás también fuera ésta una verdad a medias.

Alejandro Montiel